

Monseñor Infantes Florido: «Escrivá de

Sevilla. Carlos Bernal

Cuando el próximo 17 de mayo el Papa beatifique en Roma a monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, habrá culminado uno de los más de doscientos procesos de beatificación llevados a cabo durante el papado de Juan Pablo II. Sin embargo, la extraordinaria personalidad de este nuevo beato y la enorme repercusión que el Opus Dei tiene en la vida de la Iglesia han he-

Desde sus comienzos, el Opus Dei ha despertado interés y también polémicas, no siempre bien intencionadas. Quizás haya sido a raíz de hacerse pública la decisión del Vaticano de beatificar a monseñor Escrivá de Balaguer cuando se han producido las reacciones más apasionadas. Miles de testimonios favorables de todo el mundo, y también voces contrarias. Al fin y al cabo, como reconoce la Iglesia, la santidad es siempre un signo de contradicción, especialmente cuando la figura tiene relieve histórico.

En este sentido, el testimonio de monseñor Infantes Florido tiene especial interés por dos razones, la primera es que conoció personalmente a José María Escrivá de Balaguer y las vicisitudes de los primeros miembros de la Obra en Sevilla; la segunda, la superación de toda tentación apologetica que, a pesar de la simpatía y comprensión que pueda sentir por un personaje, ha demostrado en recientes estudios.

Sevilla

—Usted conoció personalmente a monseñor Escrivá de Balaguer. ¿Cuándo y en qué circunstancias?

—Conoci personalmente al Padre durante mi estancia en Roma, aunque ya sabía de la Obra desde sus comienzos en Sevilla. Durante los tres años que estuve en Roma mantuve un asiduo contacto con la labor apostólica de la Obra. Y en una de las reuniones a las que nos invitaban me presentaron al Padre. Recuerdo que me preguntó, con mucha espontaneidad y, además, fijando los ojos, de dónde era yo. Cuando le dije que era de Sevilla abrió una expresión de alegría en su rostro y comenzó a hablarme de Sevilla, más con el corazón que, quizás, con un conocimiento de detalles. Pero era suficiente porque, para mí, captó la singularidad andaluza y sevillana, y veía que este hombre había conectado con nuestra forma de ser.

—¿Qué impresión le causó?

—La primera, una corriente de simpatía inmediata entre él y yo. Posteriormente, a través de las veces en que tuve ocasión de

de que se trataba de una personalidad muy acusada. Pero al mismo tiempo se iba descubriendo que no sólo eran cualidades humanas, sino una riqueza espiritual y una actitud de comprensión, de apertura de espíritu tan generosa que me iban dando la convicción de que era un hombre de Dios.

Firmeza

—Muchas personas que han conocido bien al fundador del Opus Dei coinciden en señalar que tenía una gran energía humana e intelectual, que era todo un carácter. ¿Cómo lo describiría usted?

—Lo que capté de él no fue tanto esa firmeza, sino una agradable forma de decir sí o decir no, aunque no se andaba con medias tintas. Era muy exacto y cuando decía una palabra era una palabra redonda. Pero no percibí en él un hombre duro rígido, sino amabilidad y cariño. En los momentos en que lo traté se distinguían más la cordialidad, la generosidad, la comprensión y la alegría que él transmitía. Y el hecho evangélico de decir sí, cuando hay que decir sí, sin pesalear, como también un no. Y, además, sin miedo a lo que pudiera resultar. Creo que era una

cho que este proceso haya sido seguido con especial interés. José Antonio Infantes Florido, obispo de Córdoba, que conoció personalmente a monseñor Escrivá de Balaguer, y a los primeros miembros de la Obra en Sevilla, no se ha sorprendido en absoluto por esta beatificación ni por la expectación y polémica que ha despertado. «Todo lo que rompe moides, como ha hecho el Opus Dei, —dice monseñor Infantes Florido— tiene contestación».

decisión tan hecha desde lo granítico, desde su realidad, que a mí me cautivaba. Era una personalidad hecha, decidida y llena de espíritu y alegría. Ese fue el padre Escrivá que yo conocí.

—¿Cree que era soberbio, como algunos han dicho?

—Yo no he percibido eso. Lo que sucede es que la gente confunde algo que a mí me llamó la atención, pero positivamente, a lo mejor porque coincide con mis gustos. Se trata de la exquisitez, que es algo que no hay que discutirle a él y a los que han seguido dándole un gusto exquisito a muchas cosas de la Obra. Es decir, las cosas tenían su sitio, no se mezclaban de cualquier manera. Y el arte era arte, y lo útil era lo útil, y lo que era eficaz era eficaz, y lo que hacía falta en ese momento era exactamente lo que hacía falta. Era un hombre muy sensible a lo que se destaca artísticamente, al arte que puede verse en esa exterioridad solemne de la Iglesia, que lo mismo está en un templo que en un palacio arzobispal, aunque no se vuelque en eso ni sea ese su distintivo. Era muy sensible al arte, pero de eso a pensar que era soberbio... Yo no vi en él esos rasgos, nunca. Ahora, si la gente ve en las iglesias, en los

palacios episcopales, en las casas o residencias una exquisita decoración y presentación, y eso hace que aparezcamos como unos enriquecidos y unos soberbios, podrá interpretarlo así. Pero yo no vi eso en él.

Pobreza

—¿Cree usted que tuvo afán de recabar honores mundanos, de figurar?

—Nunca vi eso en el tiempo que lo traté. Él vestía normalmente, como un sacerdote. Y en Roma, por su forma de estar y la manera de tratarnos y de convivir con nosotros, hasta en pequeños detalles como una pequeña merienda que pudiera ofrecernos, nunca vi ostentación alguna.

—A veces se dice que estuvo lejos de una práctica de la pobreza; sin embargo, las biografías relatan épocas de su vida de verdadera penuria económica.

—Quiero recordar, por que fui testigo, la primera residencia que puso la Obra en Sevilla, el Colegio Mayor Guadaira. En aquellos tiempos, que eran de especial escasez, tuve que llevar, no sé si contarlo..., pero es que un día tuve que llevar de mi propia casa un poco de carbón para la cocina. O sea, que no debían estar las cosas muy boyantes cuando aquellos muchachos estaban así

Santos con nuestros mismos problemas

Juan Pablo II, al proseguir la agilización de los procedimientos para la tramitación de las Causas de los Santos, iniciada por Pablo VI en 1969, no ha hecho más que dar cumplimiento a una necesidad planteada durante el Concilio Vaticano II: proponer al Pueblo de Dios figuras que tuvieran una mayor actualidad y respondieran mejor a la sensibilidad contemporánea. Personas que hayan vivido y luchado con nuestros mismos problemas. Santos quizás más cercanos.

¿Son necesarios tantos? Monseñor Infantes Florido cree que sí, que, a pesar de ser tantos, la Iglesia los necesita porque, según sus propias palabras, la sociedad olvida los testimonios y los signos que hacen presentes a Dios y al Evangelio: «Esos

signos hacen falta, y no hay mejor signo que un santo. Un hombre o una mujer de cualquier condición y estamento social que haya vivido el Evangelio en ese grado que le hace ser testigo de Cristo. Eso nos hace falta. Y no tenemos otro camino que el de la beatificación. Necesitamos ejemplos de cómo se puede santificar, no digamos ya esta profesión o aquella, sino el matrimonio, el celibato, el trabajo o el apostolado. Lo necesita esta sociedad que barre, que está eliminando los signos que nos pueden dar, por lo menos, estímulo para poder vivir cristianamente. Todos los santos valen, porque la santidad es única, es la santidad de Dios que la manifiesta en un niño, en una mujer, en un hombre, en un anciano.»

Proceso riguroso

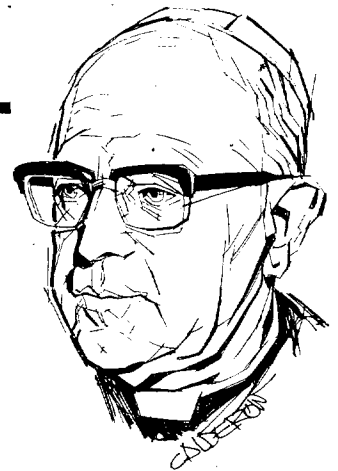
—¿Le ha sorprendido la beatificación?

—No. De ninguna manera. Aparte de eso, no he seguido ni conozco bien el proceso. Lo que me vale únicamente es que sí se lo que es un proceso de beatificación. Y sé que es riguroso. De una gran meticulosidad. Con unas exigencias procesales, por llamarlo de alguna manera, y de todo tipo muy serias. Con unos exámenes tan a fondo y de tal manera que ahí no puede escapar nada que sea auténticamente necesario para la beatificación. Para colmo, si ha llegado al punto en que todos esos resultados han sido aceptados por el Santo Padre, para mí ya no hay duda alguna.

—Precisamente sobre la rapidez con que se ha llevado a cabo este proceso, creo que han sido sólo diecisiete años, han

Balaguer fue un hombre de Dios»

«Creo que es ofensivo pensar que el Papa pueda hacer una beatificación por agradecimiento a una institución»



Monseñor Infantes Florido

surgido dudas y preguntas. ¿Hay alguna razón que explique esta celeridad?

—Hay procesos que duran siglos, y todavía tenemos algunos que están sin resolver; otros han tardado muchos años y otros han sido muy rápidos. Lo que sí digo es que, duren más, duren menos, tuvieron una rigurosidad en su tramitación de la que no dudo. Y, como he dicho, cuando ya llevan el refrendo con la palabra del Papa no hay más que discutir.

Incomprensión

—Quería hablar del interés que ha despertado esta beatificación.

—No me extraña.

—Es que en este papado ha habido muchas beatificaciones y, en su mayor parte, han pasado inadvertidas. Sin embargo, con ésta, incluso gentes que habitualmente están muy alejadas de la Iglesia y que no muestran el menor interés por estas cuestiones se preocupan ahora por la pulcritud del proceso.

—Bueno, yo opino que el Opus Dei, desde que empezó, fue contestado, a veces de manera muy violenta. Recuerdo en Sevilla las dificultades que tuvieron determinadas personas de la Obra para poder desenvolverse. Ha habido incomprensión. Que la Obra haya sido contestada no me extraña, porque es que era muy renovadora, en muchísimos detalles, y rompió con muchísimas cosas. Incluso litúrgicamente, cuando introdujo la casulla gótica, que hoy es tan normal, para escándalo de muchísimos curas de mi tierra. Y también la misma forma de dar los retiros. Todo eso constituyó una llamada de atención. El nuevo estilo en las residencias de estudiantes, de mucha espiritualidad. Claro, eso tiene que ser contestado. Empezando porque allí había una serie de asociaciones que no ajustaban; porque a ellos no sabíamos dónde colocarlos, si era instituto secular, asociación o hermandad. No sabíamos qué era aquello. Hasta que vino la decisión de Roma de los institutos seculares, que la estrena la Obra. Luego, por supuesto, vinieron los demás cambios y hoy ya constituye la Prelatura. Con esto quiero decir que todo lo que es nuevo en la Iglesia, todo lo que rompe moldes, todo lo que

es eficaz, en un momento en que lo religioso parece no tener eficacia, todo eso, lógicamente, tiene contestación.

—¿Les consideraría renovadores?

—Sí. Rompían moldes.

—Pero se les acusa de conservadurismo.

—Eso es ahora. En aquellos momentos, recuerdo a algunos obispos y parte del clero que consideraban que se estaban llevando a todos los jóvenes de las congregaciones. La novedad era que uno podía ser un estudiante o un profesional católico sin constituir ninguna organización externa y sin tener cordones, medallas o signos de cualquier otro tipo. Gente que vivía inmersa en su trabajo, eficaz, profesionalmente muy competente y que no figuraba con ninguna etiqueta. Gente que vivía la normalidad del trabajo con una espiritualidad interior y una fuerza apostólica. Eso era nuevo, hay que reconocerlo. Y, entonces, causaba extrañeza.

Ningún privilegio

—Existe preocupación de grupos católicos por el auge del Opus Dei, por lo que consideran una creciente influencia en el Vaticano. En este sentido, interpretan la beatificación de monseñor Escrivá como un agradecimiento por los servicios prestados. ¿Cuál es su opinión?

—Yo creo que eso es ofensivo. Pensar eso es ofensivo para el

agradecimiento y le concede un monseñorato a una determinada persona en pago por algo, pensar que haga una beatificación por agradecimiento a una institución, lo creo ofensivo.

—El historiador británico Paul Johnson publicó recientemente en nuestro país un artículo en el que achaca la oposición a la beatificación de monseñor Escrivá a lo que él llama «vieja historia de celos eclesiásticos». ¿Existen realmente celos en la Iglesia?

—Yo no lo sé. Lo que sí hay en la Iglesia, en este momento, es un pluralismo muy grande. Y también una libertad de expresión que, a mi parecer, es excesiva en algunas cosas, y, en otras, impropia de la Iglesia. Aunque la libertad de expresión, en muchísimas cosas, claro que sí, viene bien en la Iglesia. Lo que no cabe ya es que determinados grupos, determinadas personas, me da igual que sean del extremo derecho o del extremo izquierdo, quieran mantenerse en una postura de crítica por la crítica. Personas que están siempre con el índice señalando. Esa actitud, dentro de una Iglesia, sea refiriéndose al Papa, a instituciones, a obispos o al Opus Dei, creo que es inaceptable.

La Obra en Sevilla

—Si hablamos de la figura de Escrivá de Balaguer, inevitablemente hay que referirse al Opus

«Todo lo que es eficaz, en un momento en que lo religioso parece no tener eficacia, tiene contestación»

Santo Padre. Quien conozca a Juan Pablo II, dentro de la parte opinable que toda personalidad tiene en la vida, sea en la Iglesia o fuera de ella, aparte de eso, quien conozca la entereza y rigurosidad de este Papa, que es un hombre de fe de pies a cabeza y que no entiende más que el lenguaje de la fe y que transmite y habla con lenguaje de fe en todos los acontecimientos y en todas las circunstancias, no puede creer eso. Pensar que el Papa se somete a una especie de

Dei, y usted conoció a los primeros miembros de la Obra en Sevilla en la década de los cuarenta. ¿Cómo eran?

—Muchos procedían de mi colegio; otros, de Derecho, o de la Facultad de Filosofía y Letras. Algunos eran muy próximos a mis amistades, aunque no fuesen del sector estudiantil. Todos ellos eran muchachos muy normales, alegres y muy vivos, que cuando cogían la espiritualidad del Opus Dei lo reflejaban en un mayor rendimiento de su estudio

y de su trabajo. En una mayor capacidad humana para relacionarse. Yo los consideré muchachos que, sin perder la naturalidad, iban creciendo cristianamente y casi a diario.

—¿Y este primer grupo despertaba ya polémica como sigue haciéndolo esta institución? Antes mencionó usted que alguno de ellos tuvo problemas.

—Claro, despertaban polémica. Había una susceptibilidad muy grande cuando descubrían que el chico era del Opus Dei. Y lo mismo los sacerdotes y determinados religiosos. Hubo hasta escritos alguna vez. Yo no los conservo, pero me acuerdo que ponían en duda muchísimos aspectos ascéticos y espirituales del Opus Dei. Y, sobre todo, a Camino, al que ya se le sacaban astillas y se le discutían algunas cosas.

—¿Lee Camino?

—He leído Camino. Actualmente, no. Pero lo leí en mis tiempos y me era, cómo diría yo, muy cercano a mi espiritualidad.

—¿Ha cambiado el Opus Dei que usted conoció?

—Ha crecido. Lo que se dice cambiar, no lo he notado. Se ha desarrollado muchísimo. Y lo positivo que tiene, que ha tenido, es que sigue en marcha, que no ha disminuido.

—¿Son fluidas sus relaciones con esta Prelatura en su diócesis?

—Son muy buenas.

—¿Sigue manteniendo trato con ellos, con los que conoció en los primeros tiempos?

—Sí, con algunos de ellos, de cuando en cuando. Ya son mayores y alguno ha muerto ya. Pero, de cuando en cuando, me los encuentro en Madrid, en Sevilla, en Roma, y mantengo el contacto.

—Por último, monseñor, ¿será éste un santo de su devoción?

—Todos los santos son de mi devoción, de modo que no me los distinga. A todos, cuando puedo, les rezo. Porque además tengo la necesidad de ir a todos los santos de la diócesis.